

TARDE XXXII

LA INSUBORDINACION

Quien la senda del deber
Por su capricho abandona,
De independiente blasona
Y se niega á obedecer
Á quien debiera temer,
Sepa en su estulta demencia,
Que tan funesta insolencia
(Y el tiempo doy por testigo)
No quedará sin castigo,
Que Dios ama la obediencia.

El siguiente dia se pasó sin orden ni concierto : los muchachos paseaban, jugaban y á todo se dedicaban excepto á sus acostumbradas tareas ; la autoridad de Armando en nada los contenia, y tuvo al fin que abandonarlos y retirarse á su cuarto á apuntar en su diario los disgustos que le causaban sus hermanos : llegó la insubordinacion de estos á tal extremo, que sin contar con él, y á propuesta de Benito, resolvieron hacer una expedicion al dia siguiente á la quinta de Emiliano, saliendo despues de almorzar y volviendo á la hora de comer.

Resueltos ya nuestros cuatro amotinados, no pensaron mas que en la ejecucion de su proyecto. ¡Qué placer para ellos verse libres y hacer cuanto se les antojase, sin tener nadie que los fiscalizase ! Brilló por fin la aurora del deseado dia ; almorzaron sin

decir nada al severo Armando, que se volvió á su cuarto, y los demas fueron á componerse para la visita. Julio presidió al tocador de Adela, la cual, como ya era mas que niña, cuidaba mucho de su compostura. Contemplábala Julio embelesado, y ella le dijo : Nada tengo que ponerme en el cabello : llevarle liso y llano, que sé yo... ¿ estaré bien? — Para mí, le respondió Julio con mucha galantería, de cualquier modo estás perfectamente. — Ya sé yo que tú me favoreces ; pero ese bárbaro Benito... siempre me trata brutalmente. — Benito, Armando y Leon son tus hermanos, y yo... — Tambien tú lo eres por adopción. — Yo no sé lo que siento en mí, que me gusta mas ser amigo que hermano tuyo; cada vez que pienso en esto... pon, pon la mano sobre mi pecho ; ¿ no oyes? tic, tac, tic, tac, tic, tac : ¿ qué es esto? — Yo no lo sé ; á mí me sucede lo mismo. — ¡ Ah ! ¡ si quisiera algun día Palemon casarnos ! yo sería dulce y tierno, y me sujetaría en todo á tus deseos, así como el año pasado decias que querias se sujetase tu marido : ¿ no te acuerdas del día que reñiste con Benito por las cerezas? — Ya me acuerdo; pero aquello era hablar por hablar ; fuera de que el ejemplo de la pobre madama Dumont, á quien su marido redujo á una humilde cabaña para corregirla, me ha hecho mudar de opinion ; y estoy seguramente convencida de que la mujer debe someterse á la voluntad de su esposo, y que la sencillez de sus inclinaciones, tan necesaria como la pureza de costumbres, contribuye mucho á la paz y bienestar de las familias. — ¡ Oh ! ¡ eso sí que es pensar como se debe ! mas yo quisiera.... — Calla, que viene Leon : baja á ver si Benito está dispuesto.

La repentina llagada de Leon interrumpió la ingenua y dulce conversacion de estos jóvenes amantes, y Julio bajó al patio, donde se admiró de ver á Benito ocupado en ajustar varias frioleras que traía en un cajon un buhonero. ¿ Que haces ahí? le dijo con bastante aspereza : ¿ por qué no te vas á vestir? ya todos estamos dispuestos, y tú solo nos haces esperar. Benito, aunque algo resentido del modo con que Julio le hablaba, conoció que la diversion preparada valia mas que todas las bujerías del buhonero, y medio gruñendo subió á su cuarto. Julio tambien se puso á examinar las mercaderías ; y en tanto que registraba un lazo de cintas con algunas lentejuelas, el hombre le pidió un vaso de agua. Id á la cocina, le respondió Julio : el buhonero dejó su ambulante tienda, y fué en busca de Marcela. Julio se acordó de que su amiga no tenia que ponerse en el cabello, y dijo para sí : ¡ Dios mio ! ¡ qué bien le sentaría este lazo ! ¡ si no fuese caro !... pero Leon aña-

dirá sus ahorros á los míos... ¡ quiere tanto á su hermana ! Sí, pero antes es preciso saber si este adorno es del gusto de Adela. Dijo, y sin reflexionar mas, ni esperar á que volviese el buhonero, tomó el lazo y subió precipitadamente al cuarto de Adela, que le vió entrar, y al instante fijó sus miradas en el lazo que Julio traía en su mano ; y este le dijo : ¿ Qué te parece? ¿ es bonito? — ¡ Bellísimo ! — Pues tuyo es. — ¿ Quién me hace este regalo? — Sea quien quiera, tuyo es.

Insistió Adela en sus preguntas ; Julio sin responderle, le puso el lazo en los cabellos del modo que mejor le pareció ; y como nos complacemos en mirar adornado el objeto de nuestra inclinacion, Julio se detuvo un breve rato en esta agradable ocupacion ; pero acordándose de que no habia pagado al buhonero, bajó apresuradamente á ejecutarlo ; mas ¿ cuál fué su sorpresa no hallando ya al dueño verdadero del lazo ! Preguntó por él á Marcela, y esta le reepondió que hacia gran rato que se habia ido. Julio, desesperado, salió de casa, registró las cercanías, y á nadie encontró. Segun todas las apariencias, el hombre se habia marchado sin detenerse ni echar de ménos el lazo que le faltaba ; pero al cabo, era preciso que lo conociese, y entonces ¿ que diria ? ¿ que pensaria ? que le habian robado : esto era muy natural : ¡ santo Dios ! si vuelve este hombre, como es regular, reclamará su lazo, se quejará amargamente, y de cualquiera modo Julio será el acusado sin que baste el pagar lo que pida, porque de todos modos quedará indiciado de ladrón. Véase cómo las intenciones mas puras é inocentes toman á veces un aspecto criminal. ¿ Qué dirán sus hermanos? la misma Adela ¿ qué pensará? ¿ se descubrirá Julio con ella? ¿ le pedirá el gracioso lazo que tanto le gusta, y que tan bien le sienta?... No, no podia resolverse á esto... pero era una alhaja que no pertenecia á Julio ni á Adela... ¡ qué atolondramiento ! ¡ qué ligereza !

Consternado Julio, volvió á subir al cuarto de Adela, y no se atrevia á mirarla. Benito y Leon vinieron á avisarlos que ya estaban prevenidos, y que aquella era la hora mas oportuna para salir sin ser vistos ; pues Armando estaba estudiando, y Marcela ocupada en la cocina. Vamos, vamos ; esta era la expresion general.

Julio dió la mano á Adela, Benito y Leon los siguieron ; y todos, aprovechándose de la libertad que tenian para escaparse, salieron, dejaron la puerta cerrada, y corrieron hasta el bosque de los Castaños, donde en otra ocasion habian jugado á las cuatro

esquinas con su padre. Allí no temieron ser perseguidos por Armando, pues no podía adivinar el camino que seguían, como que ignoraba que iban á ver al jóven Emiliano. Se sentaron y descansaron un rato : Benito, que todavía no habia mirado á Adela, le dijo : ¡ Qué hermosa estás ! ¿ quién te ha dado ese lazo ? (*Julio se puso colorado.*) — ¡ No es nada ! me le ha dado mi amante. — ¿ Julio ? — El mismo. — ¡ Oh ! es hombre galante ; pero dime, Julio, ¿ te ha costado mucho ? — No... no mucho. — Nada se hace caro para obsequiar á la que se ama. — ¿ Á la que se ama ? ¿ pues quién te ha dicho que yo amo á Adela ? — ¡ Ah ! ¿ no la amas ? — Eso es muy diferente ; la amo, sí... pero lo mismo que vosotros, como un hermano ama á su hermana. — Ya, ya, ¡ para el pícaro que lo creyera ! pero al cabo ella es una jóven muy propia para conmovér... el corazón... de un hombre tan sensible... — Lo soy ; y mucho mas á tus injurias : tú siempre serás un descortes.

Adela, como tan interesada en esta discusión, procuró terminarla ; lo consiguió, y volvieron todos alegres á continuar su camino. Pasaron por delante de la quinta de los Nogales, y allí no se acordaban qué camino era el mas corto para llegar á casa de Brigida. Debemos tomar á la izquierda, dijo Leon. — No, sino á la derecha, contestó Benito. — No, sino por la senda de en medio, repuso Adela. Preguntaron por la buena Brigida á algunos labradores, pero nadie la conocia : ¿ y á Emiliano ? — ¿ Emiliano ? Eso es otra cosa ; ese muchacho es muy conocido y amado de toda la comarca ; tomad esta senda, que os llevará á su pueblo. En la primera calle la segunda puerta es la de la casa de Emiliano.

Muy contentos con estas señas tomaron el camino indicado, y por fin llegaron á casa de Emiliano : llamaron, pero nadie les respondió : volvieron á llamar, y una vecina se asomó á la ventana, diciendo : ¿ Quién llama ? ¿ por quién preguntáis ? — Por Brigida y Emiliano. — ¡ Á buen tiempo ! ¿ pues qué, no sabéis que están en Paris hace ya dos meses ? Emiliano ha encontrado á su padre, su madre y toda su familia. — ¿ Conque Emiliano está ya con su familia ? ¡ qué felicidad ! contadnos cómo ha sido. — ¿ Que os cuente como ha sido ? ¡ No es nada el empeño ! — Subiremos á vuestra casa. — ¿ Á mi casa, sin conoceros ? no es mala la franqueza de los trastuelos.

La vecina cerró su ventana, é hizo muy bien, porque nuestros muchachos, indignados del epíteto con que los habia favorecido, estaban resueltos á decirle mil necedades. Era preciso, pues, que se contentasen con saber que Emiliano y Brigida estaban en Pa-

is, y determinarse á volver á casa..... ¡ Volver á casa !... ¡ tan pronto !... ¡ sin haber disfrutado la libertad de solazarse en el campo !... ¡ es cosa dura ! lo mismo nos ha de reprender Armando por una, que por dos ó tres horas de ausencia. Benito lo conocia, y como él era siempre el incitador de los otros, les propuso comer juntos sobre la fresca yerba, pagando cada cual su ración : todos, les dijo, tenemos algun dinerillo ahorrado, á excepcion de Julio, que tal vez se habrá arruinado por regalar á su amada : compremos un pastel ú otra cualquier cosa, le comemos en el bosque, y luego jugaremos.

Todos aplaudieron el pensamiento, y aprontaron su escote. Se entregó la cantidad á Benito, que compró un pan y dos pollas asadas. Luego se encaminaron al bosque de los Castaños, que ofrecia mil sitios á cual mas agradable ; y en el que estaba mas inmediato á una fuente, se determinaron á tomar la refacción. Esta comida les recordó la merienda que en otro tiempo les ofreció Benito en el bosque, cuando era compañero del carbonero Lagrange ; cuya memoria hizo á Adela estremecerse, temiendo que les acometiesen algunos ladrones, como les sucedió en aquel funesto bosque. No quiso comunicar sus temores á sus hermanos, porque se hubieran burlado de ella ; pero observaba que el bosque donde estaban era muy extraviado y desierto, y que desde que se habian sentado á comer, nadie habia pasado por allí, sin embargo de ser casi mediodía, y hacer un tiempo tan apacible. Por esto no dejaba de hallarse inquieta, y comia con ménos apetito que sus hermanos, mirando siempre á todas partes. ¡ Cuál sería su espanto al ver correr hácia ella un hombre desconocido, en cuyo semblante y ademanes se pintaba el furor ! Dió un grito y cayó sobre Julio, que no podia concebir la causa del accidente, porque no veia al hombre, que ya estaba detras de él. Este es, exclamó el furioso, el pícaro que esta mañana me ha quitado mi hacienda. Leon, Julio y Benito fijaron la vista en aquel bárbaro, y los dos últimos al instante reconocieron al buhonero, el cual, mirando á Adela, prosiguió : Justamente es mi lazo el que esta picaruela tiene en su pelo : ¿ no es una maldad engañar así á un pobre que pasa mil trabajos para ganar su vida honradamente ?

Diciendo esto, se arrojó á desprender el lazo de la cabeza de Adela, que temblaba como las hojas en los árboles. Leon y Benito, que nada entendian de todo esto, quedaron como petrificados, mientras que Julio se esforzaba para manifestar la verdad del hecho. Todo habia pasado como lo decia, pero el buhonero

no le daba crédito. ¡ No está malo el embuste ! exclamaba ; ¡ decir que ha vuelto á pagarme, cuando yo me detuve mas de un cuarto de hora hablando con el ama de gobierno ! Á la verdad que si entonces hubiera advertido el robo del lazo, no me salgo sin él ; pero no lo he reparado hasta que me hallaba junto á la quinta de los Nogales ; y volvía á vuestra casa, cuando la casualidad me ha hecho encontraros aquí.

Hasta entonces Benito y Leon nada habian dicho ; pero convencidos de la verdad por las lágrimas y juramentos de Julio ; viendo por otra parte que el buhonero sospechaba de la probidad de su hermano adoptivo, dijeron cuatro claridades á aquel hombre, el cual descortes y grosero replicó que á todos tres los haria pedazos. Entonces la rabia se apoderó de los corazones de nuestros jóvenes, y comenzó una horrible batalla. El buhonero dió un puntapié á Julio ; Benito le correspondió con otro ; Leon se le tiró al cuello, y le daba fuertes puñadas, mientras que Julio le agarró de una pierna y procuró hacerle caer al suelo ; el hombre sacudía por todas partes ; y en fin, Benito, sacando su cortaplumas, le hizo tal herida junto á una rodilla, que el insolente buhonero cayó dando descompasados gritos. Adela, que casi espiraba de dolor durante la accion, aconsejó á sus hermanos la fuga ; y ellos tomaron este partido, dejando en el suelo, al lado del herido, los restos de una comida que habian empezado bajo mas felices auspicios.

El buhonero, aunque con trabajo, se levantó ; y pidiendo en alta voz auxilio, caminó tras de nuestros fugitivos, que mas ligeros que el viento á nada se detenian ; pero al revolver de una senda se les presentaron tres guardas de campo que atrevesándose en el camino, los detuvieron. Su enemigo los alcanzó ; refirió el suceso con los mas feos colores, y mostró la herida que habia recibido. Las lágrimas y gemidos de los desgraciados muchachos no enternecieron á los guardas ; estos los llevaron á casa del juez del pueblo mas cercano, que distaba muy poco de la casa de su padre. Allí curaron al herido, y le llevaron al hospital, entablando en seguida una querrela criminal. ¡ Qué pesarosos, qué arrepentidos estaban los muchachos de haber hecho este fatal viaje, en que tanto pensaban haberse divertido !

El juez, que conocia y estimaba al virtuoso Palemon, al instante pasó el correspondiente aviso á su casa, y retuvo á los muchachos. Como Palemon todavia estaba ausente, Armando, pálido y afligido acudió á casa del juez, donde halló á sus hermanos

aterrados. El magistrado contó el suceso al tímido Armando, manifestándole que no podia ménos de poner á los delincuentes en la cárcel hasta la llegada de su padre. Armando intercedió, y á fuerza de instancias consiguió que el juez le entregase á su hermana y Leon, quedando presos Julio y Benito, el primero como causa principal de la pendencia, y el segundo por haber herido al buhonero. ¡ Qué dolorosa separacion para Julio y Adela ! pero mas lo era para esta, porque veía que todo el alboroto dimanaba del rasgo de galantería con que su amigo habia querido manifestarle su ternura ; pero, sin remedio, era preciso separarse de los brazos de los pobres presos, que ya se daban por perdidos.

Armando volvió á la casa paterna con Adela y Leon. Estaba desesperado, pues en dos dias que habia faltado su padre, todo se hallaba trastornado. ¿ Cómo se atrevería á presentarse á Palemon ? ¿ cómo se habia de excusar de su poca vigilancia ? en una palabra, ¿ cómo haria para disminuir los crímenes de sus hermanos ? pues Armando tenia muy buen corazon, y á ser posible, querria desarmar la cólera de su padre, ó que recayese en él tan solamente. ¡ Oh Dios mio ! ¡ qué difícil es, decia, gobernar á estos muchachos ! ¡ qué desórdenes resultan en una casa por la ausencia de su principal cabeza !

Mientras que Adela y Leon contaban llorando á su hermano lo que sabian del principio de la escena, en que Julio y Benito habian sido víctimas, estos por orden del juez fueron encerrados en una sala baja de su casa, y no se les dió mas alimento que pan y agua : ¡ qué penitencia ! ¡ cuánto se culpaba Julio por su ligereza y atolondramiento, que tanto perturbaba á su familia ! Pero lo que mas temia era la vuelta de su padre. Sin embargo, Julio decia entre sí : Mi padre es bueno y justo ; sabe que yo nunca he disfrazado la verdad : se lo confesaré todo, verá que la culpa está de parte del buhonero, y vengará á sus hijos. Pero entre tanto era preciso sufrir, padecer y continuar preso como un delincuente. Benito estaba mas sosegado ; su genio y la dureza de su carácter le ofrecian mil motivos de consuelo. Ademas, se acostumbraba fácilmente á todo ; estaba determinado á cuanto pudiera suceder y tenia por muy justa la venganza que habia tomado de un bárbaro que, á tener mas fuerza, hubiera estropeado á él y á sus hermanos. Así es que permanecia tranquilo, y procuraba templar los amargos sentimientos de Julio.

La noche fué cruel para todos estos muchachos ; pero se pasó, y á la mañana siguiente Armando, Leon y Adela se juntaron á

deliberat, cuando oyeron que paraba á su puerta un coche. Marcela abrió: ¡ oh Dios! ¡ qué vista tan agradable, y al mismo tiempo tan penosa para los tres! Era su padre, el cual venia acompañado de una jóven y un venerable anciano, á quienes dijo: Entrad, este es mi campestre asilo; ahora veréis á mis hijos, y conoceréis que soy el padre mas venturoso.

¡ El padre mas venturoso! ¡ qué palabras tan terribles para Armando, Leon y Adela! sin embargo, volaron á recibir á su padre, y le abrazaron con la mayor ternura. Palemon se admiró de no ver á Julio y Benito, acusaba su frialdad, y se quejaba de tan poco cariño. Adela y Leon lloraban; Armando fijaba sus ojos en la tierra; Palemon se inquietó, hizo varias preguntas á su hijo mayor, y este pidió contestarle á solas. Habla libremente, le dijo su padre, este caballero es muy amigo mio, y ninguna de mis cosas puede serle indiferente.

Entónces Armando refirió á su padre la desgracia ocurrida, y añadió que hasta este accidente sus hermanos habian manifestado la mayor docilidad y sumision. Armando no queria agravar con sus quejas la pena que experimentaban; le parecia que estaban bien castigados con lo que les habia sucedido, y así procuraba no debilitar el cariño de su padre para que acudiese cuanto ántes al remedio, y no trascendiese mas el castigo de los culpados. Palemon, luego que oyó la narracion, se cruzó de brazos, y permaneció pensativo durante algunos minutos; despues recobró su serenidad, y dijo á Armando: Véte, hijo mio, véte á hacer preparar cuarto y camas para mi amigo y su hija.

— Pero señor... — Anda: pronto sabrás mi intencion.

Adela y Leon siguieron á Armando, evitando así la presencia de su padre, cuyas miradas severas no podian tolerar. Palemon hizo entrar en casa á sus huéspedes, y se les sirvió el desayuno; habló de asuntos indiferentes, puso en su lugar las cosas que traia en la maleta, y salió despues de haber hablado en secreto con su amigo. ¿ Adónde irá? Cualquiera padre de familia conocerá fácilmente que volaba al socorro de sus hijos.

En efecto, fué á casa del juez el afligido Palemon, le habló largo rato á solas, y luego fueron los dos al hospital para examinar al buhonero, que estaba casi restablecido. Su herida no era considerable; pero este bribon habia exagerado el mal para sacar mayores ventajas. Ambos salieron muy descontentos de tal sugeto; volvieron á casa del juez, y entraron donde se hallaban los pobres muchachos presos: ¡ qué golpe para estos! La cabeza de Me-

dusa no los hubiera petrificado tan pronto. Benito miró á otro lado, y Julio derramaba un torrente de lágrimas. Su padre enternecido, se las enjugó; y sentándose junto á él, le mandó que le refriese cómo habia sido la pendencia que habian tenido con el buhonero. Padre mio, dijo Julio sollozando; perdonadme... ¡ Oh! perdonadme si me atrevo á haceros una confesion que manifestará mi aturdimiento, y aunque me disculpará en cierto modo, tambien agravará mis defectos. Me reconozco un pobre huérfano, á quien vuestra bondad recogió en el seno de su familia; siempre he mirado á Adela como la cosa mas bella... — No tratamos de eso, le dijo Palemon; vamos al caso, Julio, vamos. — Ayer por la mañana para hacer un regalo á Adela, llevé á su cuarto un lazo de cinta para preguntarle si le gustaba, con la firme intencion de bajar al instante á pagar al buhonero, que habia quedado hablando con Marcela. Yo no sé cómo fué: me entretuve tal vez demasiado; el bribon se marchó, y ahora tiene el atrevimiento de acusarme... ¡ de ladron!... ¡ de ladron!... ¡ Dios mio! Bien sabéis, padre mio, que yo nunca he manifestado inclinacion á semejante infamia; esta es la verdad. El hombre quiso maltratarnos; nosotros nos defendimos, y el señor juez que está presente nos ha puesto presos: ¿ por qué han de encarcelar á uno cuando no lo merece?

Palemon no pudo ménos de sonreirse al oir esta sencilla exclamacion de su hijo adoptivo; abrazó á Julio, lanzó una mirada severa á Benito, que calló miéntras Julio hablaba, y salió con el juez, sin proferir una palabra que pudiese dar esperanzas á los presos de su pronta libertad. Al cabo de una hora, el mismo juez se presentó á buscarlos para entregarlos á su padre, que los llevó á su casa, sin hacer caso de las gracias que le daban, ni reprimir los extremos de alegría que les causaba su libertad.

Palemon conocia perfectamente los diferentes caractéres de sus hijos, para no dudar que Julio le habia dicho la verdad. Veia en todo el caso mucho atolondramiento sin duda; pero tambien mucha delicadeza en Julio, y valor en todos sus hijos, que habian sido maltratados por un hombre grosero y sin educacion. Tenia bastante crédito con el juez para que no pasase adelante este asunto, que, bien mirado, solo era una travesurrilla que no podia concitar la severidad de las leyes. El herido se dió por satisfecho con una corta cantidad; se cortó la querella, y la casa de Palemon volvió á su antigua tranquilidad y acostumbrado método. Los muchachos no eran felices en sus voluntarias excursiones, y esto podia servir-

les de leccion. Tambien conocia Palemon que Armando disimulaba las quejas que podia tener de sus hermanos; pero no queria indisponerle con ellos, y admiraba su buen corazon. Se propuso corregir fuertemente á Benito que era el que echaba á perder á los otros, siendo el motor de todas las picardigüelas y disensiones, y parecia ciertamente incorregible. En cuanto á la inclinacion que Julio manifestaba á Adela, no podia Palemon darse por sentido, porque hacia mucho tiempo que premeditaba unirlos; pero esperaba á que estuviesen bien formados y se fortalecise su mutuo afecto. Sin embargo, para contener la violencia de una pasion que podia conducirlos á excesos perjudiciales á las costumbres, se propuso no perderlos de vista, y evitar que tuviesen con frecuencia ocasiones de estar solos. Este era un justo medio, y Palemon se hallaba en estado de dar un colorido suave á su severidad. Dejémosle proceder á su arbitrio; él sabe lo que hace, y tal vez nos enseñará á conducirnos en situacion igual á la suya.

Benito y Julio fueron abrazados y acariciados con la mayor ternura por Armando, Adela y Leon, que los amaban con cariño fraternal. Palemon se retiró al instante á su cuarto, adonde hizo que se presentase Armando, y le dijo sin manifestar enojo ni amabilidad: Hijo mio, yo te habia confiado esta casa, y depositado en ti todos mis derechos sobre tus hermanos: me lisonjeaba de que me habrias sustituido dignamente: creia que en tu edad, y con tu carácter grave y reservado, tendrias bastante fondo, bastante solidez y bastante orden é inteligencia para cuidar, mantener y arreglar la conducta de cuatro muchachos que son mas jóvenes que tú, y por consiguiente tienen mas veleidad y ligereza. En esta confianza me puse en camino; ha durado sodo tres dias mi ausencia, y en tan corto tiempo todo se ha trastornado, y todo ha sido aqui desórden y confusion. Entro, y hallo algunos de mis hijos llorando; otros presos y acusados de crimen que no puedo imaginar quepa en ellos: ¿qué debo pensar, hijo mio? ¿podré todavía suponer en ti el juicio, el discernimiento y precoz madurez que yo creia tuvieses? ¿podré oírte hablar decisivamente de establecimiento y aun de matrimonio, sin imponerte silencio, como en igual caso lo haria con Leon, tu menor hermano? El que no sabe ayudar en las tareas á su anciano padre, y tomar parte en los trabajos domésticos, no puede tener casa ni manejarse por sí. En la casa paterna, es donde se ensayan aquellas virtudes laboriosas que nos hacen llegar algun dia á ser dignos padres de familia. El que no sabe gobernar muchachos, todavía lo es él. Hé aquí la opi-

nion que mi corta ausencia me ha hecho formar de ti; y creo que no tengas tanto amor propio que dejes de conocer la justicia de mi concepto. — Padre mio... — No procures disculparte: repito que mi opinion acerca de ti es justa; y solo me puede hacer pensar de otra manera una larga serie de pruebas en orden á la solidez de tu carácter. Véte, hijo mio: no te impondré penitencia ó castigo como á un muchacho; la vergüenza que debes experimentar por haber perdido la confianza de tu padre, es castigo suficiente para empeñarte á merecerla de nuevo. Véte, hijo mio, y participa á tu hermano Benito que se prepare para marchar mañana á una casa de correccion, adonde tú mismo le llevarás. — Cómo... Señor... — No gusto de preguntas: haz lo que te mando.

Armando, desconcertado de pesar y confusion, fué á buscar á Benito, á quien delante de los demas hermanos intimó la orden que habia recibido de su padre para llevarle á una casa de correccion. Todos se asustaron, ménos Benito, que mordiéndose los labios, dijo: Á la verdad, mi padre no hace justicia: siempre me culpa de los defectos de los demas: ¡Dios mio, yo soy el que hace todo el daño, yo soy el mas malo de toda la familia! véase lo que son las preferencias de los padres, que detestan á un hijo por solo mimar á los otros: ¿quiere que vaya á una casa de correccion? pues bien, iré, iré; y que se regale con su querido Leon. ¡Oh! para eso hace versos, tiene divino ingenio, y yo soy un salvaje; pero algun dia verá que tengo tan buen corazon como cualquiera de sus hijos.

Leon, que se oyó apostrofar sin razon, léjos de enfadarse, se acercó á consolar á su hermano, porque este excelente muchacho conocia que algun desahogo se le habia de permitir á un desdichado; y sin examinar si su hermano era ó no envidioso, bueno ó malo, le dijo: Pero Benito, ¿por qué te irritas conmigo? nadie te ama con mas ternura que yo; nadie te compadece con mayor sinceridad; y si de mí dependiese el cambiar tu suerte, si supiera que postrándome á los piés de papá podia mitigar su rigor, al instante correria á ejecutarlo; pero ya conoces su carácter severo é inflexible; y pues ha resuelto separarte de sí y arrancarte de nuestros brazos, nada podriamos adelantar. ¡Pobre Benito! es preciso que te resignes y obedezcas. — ¿Resignarme? ¿obedecer? fácilmente lo dice cualquiera que, como tú, es el Benjamin de la casa; pero no creáis, hermanos, que esto me causa tanta pena como imagináis, no por cierto; yo seré mas feliz, pues no me verá continuamente reprendido, y como dicen, hecho el estropajo de

todos. Y dime, Armando ¿no te ha dicho dónde está esa casa?— No, ni yo me he atrevido á preguntárselo. — No importa : sea donde quiera, con tal que esté muy léjos : de este modo participaré ménos de felicidad de los demas.

Benito se mostraba muy consolado, pero interiormente padecia mucho. En esta ocasion era cuando manifestaba mas su carácter duro y envidioso. Se negaba á las caricias de sus hermanos, y les decia desvergüenzas en los mismos momentos que ellos le daban las mayores pruebas de su amor. Tambien el despecho agriaba sus quejas. Se veia excluido de una familia, en la cual se creia él el muchacho mas amable; se miraba como una víctima sacrificada á la predileccion de su padre respecto de sus hermanos; afectaba resignacion, pero estaba muy léjos de tenerla.

Cuanto ántes pudo, se arrancó de los brazos de sus consoladores, subió á su cuarto, dispuso su maletilla, y bajó á comer. Palemon estaba sentado entre su amigo y la hija de este. Nada habló con Benito sobre lo pasado, y aun le manifestó mas cariño que á los otros hermanos. Quedó con esto Benito tan sorprendido, que casi creyó que Armando le habia engañado, suponiendo la orden de su padre; pero pronto recibió el mas completo y cruel desengaño, porque Palemon, concluida la comida, dijo, levantándose de la mesa : Hijos míos, á la hora regular al terrazo. Mi amigo nos contará un caso muy particular que le ha sucedido. Gustaré de que le oiga Benito, y que por última vez disfrute el placer de nuestras tardes.

Benito perdió el color; su corazon latia con terrible agitacion y casi se desmayó; Adela, que conocia su estado, le acompañó hasta su cuarto. La mañana concluyó tan triste como habia empezado.

TARDE XXXIII

LA DUREZA

Si genio duro, iracundo,
Por desgracia te domina,
Caminarás á tu ruina
Si con esmero profundo
No purifican lo inmundo
De tu feroz condicion ;
Que la cruel inclinacion
En perversa degenera,
Si á tiempo no la modera
La esmerada educacion.

Llegada la tarde y reunidos todos, quiso Palemon distraer el sentimiento general que el castigo de Benito habia causado. Aquí tenéis, hijos míos, les dijo, este venerable anciano que es mi bienhechor Mr. Delacour, de quien ántes de ahora os he hablado, y esta señorita es su amable hija Enriqueta. Los muchachos abrazaron con entusiasmo al primero y saludaron con respeto á la segunda, á quien Adela prodigó las mayores atenciones haciéndola sentar á su lado. Armando miró á la jóven con tal atencion que la hizo bajar los ojos; ántes apénas habia reparado en ella, pero ahora que sabia quién era, hizo en su alma una impresion harto profunda.

Palemon continuó diciendo : Sí, hijos míos, ved aquí un hombre á quien debo toda mi fortuna, y la felicidad de haber sido es-